

## CONFIGURACIONES RELACIONALES: CARTOGRAFÍA CRÍTICA DE UN CONCEPTO

Valeria Villarán L.\*

Un hallazgo central en la clínica y teoría psicoanalítica ha sido que las personas tendemos a repetir la forma de vincularnos; recurrentemente nos encontramos con los mismos personajes y los mismos sentimientos. Invencibles, escenarios relacionales que alguna vez vivimos reaparecen a pesar del paso del tiempo, tomando otros rostros y otros nombres. Este artículo intenta dibujar un mapa conceptual de las múltiples maneras y conceptualizaciones que ha seguido, lo que creemos, es un solo fenómeno: las formas recurrentes en que tendemos a organizar nuestras experiencias con los otros. En ese sentido, este artículo no solo es una cartografía sino también un *striptease*, en la medida en que va a ir desnudando de su ropaje conceptual a este fenómeno que, provisionalmente, llamaremos o “vestiremos” con el nombre de *configuraciones relacionales* (más adelante, nos detendremos a explicar el porqué de la elección de este término). En este recorrido de “desvestimientos” nos encontraremos con un modelo de mente que también revisaremos críticamente.

No es la primera vez que se hace este esfuerzo integrador: otros, como Mitchell (1988, 2000) y Baldwin (1992), también han intuido la presencia de un fenómeno común detrás de las diversas teorías. Este artículo quiere ser una contribución más en esta dirección, presentando un mapa quizá nuevo con una ruta distinta para quizá llegar a un puerto más amplio.

Autores generalmente enmarcados dentro de la escuela psicoanalítica de las relaciones objetales e interpersonales y, más recientemente, relacional e intersubjetiva, se han ocupado de este fenómeno, utilizando múltiples nombres

---

\* Psicoanalista en formación de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Doctora en Psicología del Desarrollo por la Universidad de Fordham. Profesora del Departamento de Psicología y de la Escuela de Postgrado de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP); Miembro del Comité Directivo de la Maestría en Intervención Clínica Psicoanalítica y del Grupo de Investigación en Psicoanálisis de la PUCP.  
<vvillaran@pucp.pe>

y conceptualizaciones para referirse a él. Las definiciones varían en relación a los paradigmas teóricos de cada uno de los autores, incluyendo concepciones acerca de la mente, dándole más o menos importancia a aspectos intrapsíquicos o comportamentales. En ese sentido, es posible observar un continuum que va desde aquellos que conciben estas configuraciones relacionales como estructuras dentro de la mente del individuo, hasta aquellos con posturas más postmodernas que las colocan en espacios intersubjetivos.

En general, autores pertenecientes a la teoría de relaciones objetales, interpersonal, psicología del yo, y algunos dentro del psicoanálisis relacional, las conciben como estructuras mentales, dentro de la mente, producto de la interiorización de relaciones tempranas con seres significativos. Según estos autores, nuestra mente se desarrolla en el contexto de los primeros vínculos con nuestros primeros cuidadores y en este proceso deviene relacional. Nuestro mundo interno estaría compuesto por esta serie de relaciones interiorizadas (y/o personas o funciones envueltas en estas relaciones). Por ejemplo, Kernberg (1995) las concibe como *configuraciones afectivas self-otro*, Kohut (1971) como *representaciones self-otro* y Sullivan (1953), más cerca de la interacción, observa *patrones yo-tu*. Por su parte, Mitchell (1988-2000), haciendo una revisión de autores dentro de la teoría de relacionales objetales, llama a estas estructuras *configuraciones relacionales* y sostiene que están compuestas por el *self*, el otro y el espacio entre los dos. Para este autor son formas en que organizamos nuestra experiencia relacional y darían cuenta de la naturaleza múltiple y discontinua de nuestra mente (Mitchell, 2000):

*Somos múltiples, no un solo self luchando en contra de impulsos, sino discontinuas, múltiples organizaciones del self reunidas bajo una sensación ilusoria de continuidad y coherencia que tiene características tanto conscientes como inconscientes. En la teoría relacional contemporánea, estas organizaciones múltiples son mucho más que representaciones (cognitivas) del self o del otro; son más bien versiones, unidades completamente funcionales con un sistema de creencias, organización afectiva, agencia e historia evolutiva. (p. 63)*

Como dioses dentro del Olimpo de nuestra mente, estas configuraciones relacionales tomarían posesión de nuestra realidad relacional y, aprovechando el cuerpo de cualquier persona que ose relacionarse con nosotros, bajarían y reaparecerían encarnados otra vez, a través de mecanismos como la transferencia y la proyección.

El origen de esta concepción de la mente conformada por relaciones interiorizadas del pasado (o partes y/o funciones de estas personas) lo encontraríamos en Freud y, particularmente, en la línea que autores como Guntrip (1971)

han llamado Objeto Relacional, donde se enfatiza las relaciones humanas y la historia personal como aspectos explicativos de la conducta humana. Un ejemplo, sería la formación del Superyó. En el último capítulo de *Esquema del psicoanálisis*, Freud (1938) escribe, en relación a la formación del superyó a la edad de 5 años, lo siguiente:

*Una porción del mundo externo ha sido, por lo menos parcialmente, abandonado como un objeto y, por medio de la identificación, se ha convertido en una parte integral del mundo interno. Esta nueva agencia mental continúa llevando a cabo las funciones que habían sido realizadas por las personas correspondientes en el mundo externo.*

Esta línea freudiana fue desarrollada y profundizada posteriormente por los trabajos de Melanie Klein (1921, 1937), Ronald Fairbairn (1954) y Donald Winnicott (1956, 1957, 1967), quienes colocaron en el centro del funcionamiento mental a estas estructuras mentales o representaciones internas.

Dentro de este mismo polo de la conceptualización de las configuraciones relacionales que llamaremos *mentalista*, se encuentran también todas aquellas conceptualizaciones que integran teorías cognitivas, incluyendo aquellas que han estudiado el desarrollo de las configuraciones relacionales en la primera infancia. Por ejemplo, Baldwin (1992) utiliza teorías de la cognición social para entender las concepciones psicoanalíticas de las configuraciones relacionales y las llama *esquemas relacionales*, concebidos como *estructuras cognitivas representando regularidades en los patrones de relación interpersonal* (p. 461). Del mismo modo, Horowitz (1988) habla de *modelos de rol en relación: una esquematización mental de las características relativas del self y al otro, una suerte de guion de lo que cada uno puede hacer al otro en una secuencia de interacciones* (p. 42). En estas concepciones el énfasis estaría puesto en los patrones de conducta o guion conductual entre el *self* y el otro como parte de la definición de las configuraciones relacionales. Incluso en estos casos, donde está en juego el patrón de interacciones entre uno y otro, las configuraciones estarían dentro de la mente.

De igual modo sucede con las conceptualizaciones de los psicoanalistas interesados en la primera infancia, así como en los teóricos del Apego que se han ocupado de estudiar el desarrollo de las configuraciones. Daniel Stern (1995), por ejemplo, utilizando el principio de formación de categorías de la psicología cognitiva (Hayne, Rovee-Collier & Borza 1991), sostiene que el infante abstrae interacciones específicas con su madre que tienen algo en común (por ejemplo, demandar una sonrisa y no recibir una respuesta) en un recuerdo prototípico o representación interna, que este autor llama *representaciones de interacciones que han sido generalizadas* (RIG). Estas unidades de representación, las RIG, se combinarían para formar una red de representaciones más generales llamadas

*modelos operativos, esquemas de ser o representaciones internas* (Stern, 1995). Estos contenidos, originados en la primera infancia y en la relación con la madre, servirían en la adultez como una “guía” dentro de la mente del individuo de las relaciones presentes, en la medida que generarían un determinado tipo de expectativas (por ejemplo, la de no recibir una respuesta afectiva) y asegurarían su repetición y continuidad (en Villarán, 2009). Con una conceptualización parecida, Beebe y Lachman (2002) sostienen que en la primera infancia las experiencias del bebé con sus otros significativos se codifican en modos implícitos no verbales de información que pueden ser motores, acústicos, viscerales, formando representaciones de relaciones sub-simbólicas. Una vez en nuestra mente, estas representaciones sub-simbólicas no necesariamente serían traducidas a formas verbales o traídas a la conciencia, pero actuarían de igual forma afectando cómo nos sentimos y comportamos en una relación.

En la teoría del Apego, estas configuraciones relacionales toman el nombre de *modelos operativos internos* (del inglés *internal working models*). Bowlby (1969) concibió que, como parte del sistema de apego, los niños desarrollaban lo que él llamó un sistema representacional o, modelos operativos, en el contexto de la relación con sus cuidadores primarios. Siendo miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis y estando familiarizado con las ideas de Klein, Fairbairn y Winnicott sobre relaciones interiorizadas, Bowlby sostuvo que la interacción con los padres era la matriz desde la cual los infantes humanos construían modelos operativos internos de sí mismos y de los otros significativos en la relación de apego. La función de estos modelos era interpretar y anticipar la conducta del otro, así como planear o guiar el propio comportamiento en la relación, un mecanismo cognitivo que daba soporte al sistema conductual. Bowlby tomó el término de *modelo operativo* de Craik (1943, citado en Bretherton, 2005), quien desde una perspectiva evolutiva propuso la teoría de que los organismos capaces de formar *modelos operativos internos* complejos mejoran considerablemente sus oportunidades de supervivencia, porque la habilidad de construir y usar modelos mentales para evaluar las potenciales consecuencias de cursos alternativos de acción hace mucho más flexible y adaptativa la conducta. Los modelos operativos eran modelos en pequeña escala de la realidad externa desde los cuales el individuo podía operar mentalmente para generar predicciones.

Actualmente, teóricos del Apego como Bretherton (1989, 2005), y Diamond y Marrone (2003) entienden los modelos operativos internos como una red de esquemas de diferente categoría, compuesta por esquemas muy cercanos a la experiencia y también por otros más abstractos y generales. Estas redes serían construidas y continuamente revisadas sobre la base de *inputs* nuevos que darían pie a la recombinación de elementos en nuevos modelos mentales (Bretherton, 1990).

El polo al que hemos llamado *mentalista*, que concibe a las configuraciones relacionales como estructuras mentales dentro de la mente y en el que, como hemos visto, estarían incluidas las concepciones de la escuela de relaciones objetales, las teorías cognitivas y la teoría del apego, supone la concepción de una mente que en las humanidades se ha llamado *cartesiana* (Stolorow, Orange & Atwood, 2001), por mantener las dicotomías de mente y cuerpo, dentro y afuera, pasado y presente, uno y el otro. La mente en estas teorías es retratada como un contenedor cerrado, lleno de contenidos mentales (objetos internos, esquemas, configuraciones, representaciones, o modelos operativos) y localizado dentro del individuo, separado del cuerpo (visto como material, sin agencia) y de otras mentes (vistas como externas, no relacionadas directamente). En esta concepción cartesiana de la mente el concepto de representación interna en la forma de configuraciones, modelos operativos internos y objetos internos ha sido conceptualmente necesario, en parte porque funciona como una suerte de bisagra teórica entre los extremos de estas dicotomías. En el caso de la dicotomía mente vs. cuerpo, la mente de las personas, incluyendo sus sentimientos y percepciones, se asume separada de su conducta. Más aún, se supone que el cuerpo carece de intencionalidad o significado, por lo que debe ser dirigido por algo, en este caso, su mente, y eso hace necesario algún tipo de representación interna, tal como un modelo operativo o esquema que guíe su conducta. En esta concepción mentalista, todo el poder explicativo es puesto en la mente, asumiendo una relación de causalidad entre los términos de una falsa dicotomía: la mente —las representaciones internas de la persona— dirige al cuerpo —la conducta de la persona—.

En la dicotomía interior vs. exterior, el concepto de representación interna en la forma de esquema interno u objeto interno refleja cosas del afuera como, por ejemplo, los patrones de relación, y los coloca dentro de esta mente-contenedor como sus correlativos interiorizados. Esto retrata una mente pasiva que solo recibe impresiones o imágenes de la realidad externa en la forma de representaciones internas (Heidegger, 1962). Luego, esta mente necesita algún tipo de mecanismo, tal como la transferencia o proyección para hacer posible la externalización de los contenidos internos (representaciones internas), de modo que se pueda conectar una persona con la otra (Stolorow, Orange & Atwood, 2001).

En el caso de la falsa dicotomía pasado vs. presente, no existe una continuidad teórica entre ambos tiempos, y la representación interna se vuelve necesaria como portadora del primero (Stolorow, Orange & Atwood, 2001). La representación interna, al incluir residuos del pasado y funcionar en el presente, provee la continuidad necesaria entre ambos tiempos. Sin embargo, ésta es una continuidad consistente con el estilo mentalista de este paradigma, esto

es, que la temporalidad, y en particular la continuidad temporal, es explicada por la mente.

Algunos autores dentro del psicoanálisis relacional e intersubjetivo, cuestionando este modelo de mente cartesiano cerrado y descorporeizado que caracteriza estas concepciones, prefieren hablar de *experiencias*, en la medida que este concepto permite relajar las dicotomías cartesianas. En un intento de incorporar la crítica intersubjetiva a las concepciones de mente, en un trabajo anterior (Villarán, 2009) propongo el concepto de *configuraciones de experiencia relacional*, que, a diferencia de las configuraciones relacionales descritas en concepciones mentalistas, no están concebidas dentro de la mente, sino en un espacio intersubjetivo. Lo "mental", en todo caso, sería el principio organizador de la experiencia relacional. Utilizo el término "experiencia" para referirme a los sentimientos, necesidades, percepciones de la persona, pero también a su conducta, en un intento por hacer flexible la dicotomía mente-cuerpo. El cuerpo es también un ser experiencial, no solo "un sirviente de nuestra subjetividad" (Merleau-Ponty, 1945). Con el término "relacional", por otro lado, no solo se hace alusión a que estas experiencias son sobre otros, sino que, principalmente, se intenta enfatizar que las experiencias siempre son sobre algo o alguien, o sea, son relacionales; es decir, no existe experiencia sin objeto experimentado (Husserl en Sartre, 1939). Esto necesariamente trae las experiencias al mundo y las relaciona intrínsecamente con su contexto, lo que relaja la dicotomía interior-exterior. El término "configuración", finalmente, connota la consistente organización que las experiencias relacionales pueden tener. De forma similar a los conceptos de *esquema*, *modelos operativos* o *temas representacionales*, la noción de configuración reconoce la típica y consistente organización que las experiencias sobre otros suelen tener. Sin embargo, no asume que estas sistemáticas experiencias relacionales estén dentro de la mente.

Colocándolas en el espacio intersubjetivo, las configuraciones estarían abiertas a la posibilidad de ser constituidas constantemente por influencias contextuales complejas, como las categorías sociales de género, raza y clase, cualidades que dentro de la mente se perderían (en las concepciones mentalistas, el contexto parece tener un poder constitutivo solo en el pasado; una vez que las configuraciones relacionales se forman en la primera infancia, el contexto presente pareciera que solo puede "despertarlas" o "activarlas"). Por otro lado, se evita establecer una causalidad lineal a priori y reduccionista entre las configuraciones relacionales y las otras personas implicadas en ellas. Al unir las falsas categorías cartesianas, la representación interna dentro de la mente del individuo crea una falsa causalidad lineal entre éste y los otros (pasado  $\Rightarrow$  presente  $\Rightarrow$  mente  $\Rightarrow$  cuerpo  $\Rightarrow$  uno  $\Rightarrow$  otro).

Es interesante notar, sin embargo, que más allá de la concepción de mente que esté detrás, y en ese sentido, de dónde concibamos que se encuentran ubicadas las configuraciones relacionales, las concepciones descritas anteriormente comparten ciertas características, incluyendo su cualidad repetitiva y los elementos que las componen, lo que nuevamente nos confirma que, aunque desde diferentes perspectivas, estamos hablando de un mismo fenómeno.

Desde las diferentes concepciones, se coincide en describir a las configuraciones relacionales como compuestas de (a) una construcción subjetiva, imagen o concepción de sí mismo en relación con los otros, (b) una construcción subjetiva, imagen o concepción de los otros en relación al sí mismo, y (c) una dinámica relacional que incluye el afecto suscitado por las respuestas del otro. Mitchell, por ejemplo, incluye en sus *configuraciones relacionales* el *self*, el otro y el espacio entre los dos (Mitchell, 1988), siendo este tercer elemento *algún sentido de espacio psíquico en el cual [self y objeto] interactúan, en el cual hacen cosas con o hacia el otro* (Mitchell, 1988, p. 33). Kernberg (1995), en sus *configuraciones afectivas self-otro*, identifica también estos tres componentes pero pone el acento en el afecto: Para él estas configuraciones afectivas estarían compuestas de una imagen del *self* en relación a la otra persona, una imagen de la otra persona, y un sentimiento que colorea a ambas a la imagen de sí mismo y a la imagen del otro, derivado de la motivación o deseo que está detrás de la interacción. En *los esquemas relacionales* de Baldwin (1992) también encontramos estos tres elementos: *un guion interpersonal del patrón interaccional, un esquema de cómo el self es experimentado en esa situación interpersonal, y un esquema de la otra persona en la interacción* (Baldwin, 1992; p.461). Bowlby (1969) también concibe un Modelo Operativo del *self* y un Modelo Operativo del primer cuidador. Luborky & Crits-Christoph (1998), en su estudio sistemático de los patrones relacionales, identifican en las narrativas de las personas sobre sus relaciones que estos están compuestos por (a) un deseo, necesidad o intención del *self*, (b) una respuesta del otro frente a esa necesidad, y (c) una respuesta afectiva del *self* frente a la respuesta del otro. En un estudio cualitativo (Villarán 2009) encontré que las configuraciones relacionales tenían elementos muy similares a los identificados por Luborsky & Christoph, esto es: (a) una necesidad del *self* o una intención expresada en actos; (b) un rol que el otro juega en estas dinámicas relacionales; y (c) una reacción del *self*, ya sea en forma de: (c1) sentimientos verbalizados o de (c2) estrategias para manejar el comportamiento del otro y/o satisfacer sus propias necesidades o intenciones. Es posible que estos últimos componentes, identificados tanto por Luborsky & Christoph (1998) como por mi estudio citado (Villarán 2009) en realidad estén describiendo el script relacional, es decir, solo el tercer componente de las configuraciones, como sugiere el trabajo de Pardo (2019).

Las configuraciones relacionales pueden, asimismo, estar presentes en diferentes aspectos de la experiencia, algunas más conscientes que otras, por ejemplo, en la forma en que construimos subjetivamente a los otros y a nosotros, o en nuestros pensamientos recurrentes, en la forma en que nos comportamos con el otro, e incluso pueden aparecer en nuestros sueños. Los diferentes marcos conceptuales estarían ocupándose quizá de algunos aspectos de la experiencia más que de otros, por ejemplo, aquellos en el paradigma cognitivo se concentrarían más en los aspectos conductuales de las configuraciones, mientras que aquellos enmarcados en la teoría de relaciones objetales, en los aspectos más inconscientes de las construcciones subjetivas del sí mismo o del otro.

Tanto en las conceptualizaciones como en estudios empíricos realizados desde diferentes perspectivas, se observa que las configuraciones tienen un origen infantil o, en todo caso, que las experiencias vinculares infantiles tienen una poderosa influencia en las configuraciones actuales. Los abundantes estudios con los estilos de apego no dejan de mostrar la similitud entre los modelos operativos en la infancia y aquellos de la adultez, especialmente de la relación de pareja y de la relación con los hijos (por ejemplo, Hazan y Shaver, 1987; Steele, Steele, & Fonagy, 1996). Asimismo, los estudios donde se utiliza el método creado por Luborsky y Crits-Christoph (1998), el *Core Conflictual Relationship Theme* (CCRT), por ejemplo, Drapeau & Perry (2004) encontraron que la presencia de abuso físico en la niñez estaba asociada a configuraciones relacionales caracterizadas por un deseo de ser heridos por el otro, donde se experimentaba a los otros como estrictos y duros. Aquellas personas que reportaron negligencia en la infancia tuvieron configuraciones con más alta prevalencia de la necesidad de ser confortados por los otros. Sujetos que experimentaron separaciones significativas durante la niñez se sintieron luego inseguros en las relaciones. Aquellas personas que tuvieron un acceso a un cuidador tuvieron menos necesidad de ser amados.

Por su carácter repetitivo, las configuraciones relacionales se pueden observar en diferentes relaciones interpersonales incluyendo la relación con el terapeuta. Esta particular configuración entre el terapeuta y el paciente es considerada por algunos autores como parte de la transferencia (Luborsky & Christoph 1998). De hecho, Luborsky & Christoph originalmente concibieron el CCRT como un método para identificar la transferencia. Otros estudios han continuado en esta dirección, por ejemplo, Connolly, Crits-Christoph, Barber y Luborsky (2000), utilizando el CCRT, encontraron una coincidencia entre la configuración relacional central del paciente que había sido evaluada antes del tratamiento y la configuración relacional con el terapeuta que se había identificado en las tres primeras sesiones.

Desde una concepción intersubjetiva también podemos incorporar categorías sociales en la comprensión de las configuraciones relacionales. Recientemente, intersubjetivos y relacionales, influidos por teorías post-estructuralistas interesadas en la relaciones de poder, consideran fundamental incorporar categorías sociales de raza, clase, género y orientación sexual (Layton, 2002; Altman, 2000; Leary, 2000). Cushman (1995), por ejemplo, habla de una psicología de a tres, donde el tercero es el contexto político que enmarca y da forma a las configuraciones relacionales, incluidas las que corresponden a la diada terapéutica. Aunque pocos, existen algunos estudios, casos clínicos en su mayoría, que incluyen categorías sociales en las configuraciones. Por ejemplo, Altman (2000) y Leary (2000) exploran los “enactments raciales” que se producen en la transferencia-contratransferencia, dando ejemplos en la clínica. Boticelli (2007) explora el concepto de clase como un fenómeno inconsciente en la diada terapéutica y Layton (2002) se ocupa de la categoría de género.

En general, las categorías sociales de identidad están inextricablemente ligadas a las formas en que amamos y nos apegamos, y definen lo que nuestras mentes y cuerpos pueden y no pueden hacer en el mundo (Layton, 2002). Es decir, dan forma estructural a nuestras configuraciones relacionales. Las identidades se forman en relación a normas culturales y las normas están encarnadas generalmente en las personas que amamos y de las que buscamos su aprobación.

Dada su importancia clínica, las configuraciones relacionales son tomadas como foco de intervención en algunas aproximaciones terapéuticas como el Tratamiento Expresivo de Soporte propuesto por el propio Luborsky (1984) y la Terapia Dinámica Interpersonal (TDI) desarrollada por Lemma, Target y Fonagy, (2011). Por ejemplo, el TDI, una psicoterapia breve de 16 sesiones, desarrollada para tratar problemas de depresión y ansiedad leves a moderados, tiene como foco de intervención un patrón recurrente (el *Foco Afectivo interpersonal*, FAI). Tomando como referencia la conceptualización de Kernberg (1995), el FAI incluye los componentes de las *configuraciones afectivas self-otro* identificadas por este autor, que son: (1) una representación del *self*, (2) una representación de objeto, (3) un afecto que une a los dos y (4) la función defensiva de la configuración. El supuesto es que el afecto (depresión y/o ansiedad) está conectado a una determinada configuración y es apuntando a esa configuración que lograremos reducir los síntomas. Este supuesto teórico ha sido probado empíricamente identificando el cambio en la configuración central y la disminución de los síntomas a través del proceso (Lemma *et al.*, 2011).

En resumen, hemos trazado el recorrido de un fenómeno central en la teoría y clínica psicoanalítica, que con diferentes conceptualizaciones ha estado presente en el psicoanálisis desde Freud. Actualmente lo podemos encontrar

también en teorías cognitivas y en aquellos teóricos interesados en la infancia, incluyendo los teóricos del Apego. Al identificar que se trata de un solo fenómeno podemos integrar hallazgos de diferentes fuentes y desarrollar una visión más completa y compleja del mismo. Podemos, por ejemplo, señalar que las configuraciones relacionales parecen ser múltiples, recurrentes, que estarían compuestas por una construcción subjetiva del sí mismo, una construcción subjetiva del otro y una dinámica interaccional. Señalamos, asimismo, que aparecerían en diferentes aspectos de la experiencia, algunos más conscientes que otros; serían fuertemente influidas por los primeros vínculos en la infancia, pero también por categorías sociales como raza, clase y género. Al parecer se reproducen en la relación terapéutica y tendrían determinadas características de acuerdo a ciertas patologías.

El término *configuración relacional*, si bien es el mismo que usa Mitchell (2000), nos parece por el momento el más inclusivo, el que puede ser usado como un “concepto paraguas” en la medida en que se presta para recoger las características identificadas desde diferentes perspectivas, sin asumir un modelo de mente en particular, y sin limitarlas a un solo aspecto de la experiencia. El término *esquemas relacionales* las situaría inmediatamente dentro de la mente, el de *patrones relacionales* limitaría el fenómeno a la conducta, y el nombre de *temas relacionales* lo ubicaría solo en las narrativas o en el discurso de la persona. El término *configuraciones relacionales* parece ser entonces un “vestido” que se ajusta mejor al cuerpo particular del fenómeno del que nos hemos ocupado en este trabajo.

### Referencias bibliográficas

- Altman, N. (2000). Black and white thinking: A psychoanalysis reconsiders race. *Psychoanalytic Dialogues*, 10 (4) 589-605.
- Baldwin, M.W. (1992). Relational Schemas and the Processing of Social Information. *Psychological Bulletin*, 112, (3) 461-484.
- Beebe, B & Lachmann, F.M. (2002). *Infant research and adult treatment: Co-constructing Interactions*. Hillsdale y London: The Analytic Press.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss* (vol. 1: “Attachment”). New York: Basic Books.
- Bretherton, I. (1989). New perspectives on attachment relationship: Security, communication and internal working models. En J. D. Osofsky (ed.), *Handbook of Infant Development* (pp. 1061-100) (2.ª ed.). New York: John Wiley.
- . (2005). In pursuit of the internal working model construct and its relevance to attachment relationships. En K. E. Grossmann & E. Waters (eds.), *Attachment from infancy to adulthood: The major longitudinal studies* (pp. 13-47). New York: Guilford Publications.

- Boticcelli, S. (2007). Return to the Repressed: Classe in Psychoanalytic Process. En Suchet, Harris, & Aron: *Relational Psychoanalysis* Vol. 3, New Voices. London: The Analytic Press.
- Connolly, M.B., Crits-Christoph, P., Barber, J.P., & Luborsky, L. (2000). Transference patterns in the therapeutic relationship in supportive-expressive psychotherapy for depression. En *Psychotherapy Research* 10 (3) 356-372.
- Diamond, N. & Marrone, M. (2003). *Attachment and intersubjectivity*. Filadelfia, PA: Whurr Publishers.
- Drapeau & Perry (2004). Childhood trauma and adult interpersonal functioning: A study using the Core Conflictual Relationship Theme (CCRT). *Child Abuse & Neglect* (28), 1049-1066.
- Fairbairn, R. (1954). *An object-relations theory of the personality*. New York: Basic Books.
- Freud, S. (1972)[1938]. An outline of psycho-analysis. En *Strachey* vol. 23.
- Guntrip, H. (1971). *Psychoanalytic theory, therapy and the self*. New York: Basic Books.
- Hayne, H., C. Rovee-Collier & M.A. Borza (1991). Infant memory for place information. *Memory and Cognition*, (19) 378-386.
- Hazan, C. & Shaver, P. (1987). Romantic Love conceptualized as Attachment Process. En *Journal of Personality and Social Psychology* 52(3):511-24.
- Heidegger, M. (1962). *Being and time*. New York: Blackwell Publishing.
- Horowitz, M. J. (1988). *Introduction to psychodynamics*. New York: Basic Books.
- Kohut, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press.
- Kernberg, O. F. (1995). Psychoanalytic Object relations theories. En B.B. Moore (Ed). *Psychoanalysis: The mayor concepts* (pp. 450-462). New Heaven: Yale University Press.
- Klein, M. (1921). Early stages of the Oedipus complex: contributions to psycho-analysis". En *The writings of Melanie Klein* (vol. 1). (1984). New York: Free Press.
- . (1937). Love, guilt, and reparation. En *The writings of Melanie Klein* (vol.1). (1984). New York: Free Press.
- Layton, L. (2002). Cultural hierarchies, splitting, and the heterosexist unconscious. En Fairfield, S. Layton, L. & Stack, C. (2002). *Bringing the plague. Toward a postmodern psychoanalysis*. New York: Other Press.
- Leary, K. (2000). Racial enactments in Dynamic Treatment. *Psychoanalytic Dialogues* 10 (4) 639-653.
- Lemma, A. Target, M. & Fonagy, P. (2011). *Brief dynamic interpersonal therapy*. Oxford: University Press.
- Luborsky, L. (1984). *Principles of Psychoanalytic Psychotherapy. A manual for Supportive-Expressive Treatment*. USA: Basic Books.
- Luborsky, L. & Crist-Christoph, P. (1998). *Understanding trasference: The Core conflictual relationship theme method*. Washington. D. C: American Psychological Association.
- Merlau-Ponty, M. (1945). *Phenomenologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- Mitchell, S. (1998). *Relacional Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- \_\_\_\_\_. (2000). *Relationality: From attachment to intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Sartre, J. P. (1939). Une idée fondamentale de la phenomenologie de Husserl: l'intentionnalité". *Nouvelle Revue Française*, LII.
- Steele, H., Steele, M. & Fonagy, P. (1996). Associations among Attachment Classifications of Mothers, Fathers and their Infants. *Child Development*, 67 (2) 541-555.
- Stern, D.N. (1995). *The motherhood constellation: A unified view of parent-infant psychotherapy*. New York: Basic Books.
- Stolorow, Atwood & Orange (2002). *Worlds of experience. Interweaving philosophical and clinical dimensions in psicoanálisis*. New York: Basic.
- Sullivan, H. S. (1953). *The interpersonal Theory of Psychiatry*. New York: Norton.
- Villarán, V. (2009). *Mothers' experiences and infants problems in sleeping, feeding and anger regulation*. Tesis para optar por el título de Doctor. New York: Fordham University.
- Winnicott, D. W. (1956). Primary maternal preoccupation. En *Collected papers: Through pediatrics to psychoanalysis*. London: Tavistock.
- \_\_\_\_\_. (1957). *Mother and child: A Primer of first relationship*. New York: Basic Books.
- \_\_\_\_\_. (1967). Mirror-role of mother and family child development. En *Playing and reality*. London: Routledge.

## Resumen

Este artículo intenta dibujar un mapa conceptual de las múltiples maneras en que ha sido conceptualizado, lo que creemos, es un solo fenómeno: las formas recurrentes en que tendemos a organizar nuestras experiencias con otros. Con ello, nos unimos a los esfuerzos integradores anteriormente realizados como los de Mitchell (1988, 2000) y Baldwin (1992). Se observa un continuum, desde aquellas conceptualizaciones que ubican a estas organizaciones de la experiencia dentro de la mente y que, según revisaremos, mantienen rezagos cartesianos, hasta aquellas más postmodernas que las colocan en el espacio intersubjetivo. A pesar de las diferencias en paradigmas, se identifican características en común que hablan de un mismo fenómeno: su multiplicidad, recurrencia, los componentes que las integran, su origen infantil, la influencia de categorías sociales, su presencia en la relación terapéutica y su uso como foco terapéutico. Se sugiere el término *Configuraciones Relacionales* para referirse a este fenómeno.

**Palabras claves:** teoría psicoanalítica, configuraciones relacionales, patrones relacionales, relación de objeto, apego

## Abstract

This article attempts to draw a conceptual map of the multiple ways that has been conceptualized what we think is a unique phenomenon: the recurrent ways in which we tend to organize our experiences with others. With this aim, we join previous integrative efforts like those of Mitchell (1988, 2000) and Baldwin (1992). A continuum is

observed from those conceptualizations that locate these organizations of experiences inside the mind and that involve a Cartesian conception of the mind, to those that locate them in the intersubjective space. In spite of the different paradigms, it is possible to identify some characteristics in common, which reinforce the idea that it is the same phenomenon: its multiplicity, its recurrence, its constitutive components, its infantile origins, its contextual influences, its presence in the therapeutic relationship and its use as a focus for intervention. It is suggested the use of the term *Relational Configurations*.

**Key words:** psychoanalytic theory, relational configurations, relational patterns, object relationship, attachment